AL ESTILO DE DALI

Sourrouille fue uno de los creadores del salario surreal

COMO GUGLIELMINETTI

Los 9 presos de la U-22 también salieron a hablar por teléfono. Todavía no consiguieron fichas.



Sátira/12

el desperdicio

Se miente más de la cuenta / por falta de fantasía, / también la verdad se inventa. **Antonio Machado.**

Nº 72 — Sábado 28 de enero de 1989.

VEINTIDOS

—¡Fuego, fuego.!

—Tranquilo, macho, no pasa nada. Debe ser Guglielminetti haciendo su práctica matinal de tiro.

—Pero se oyen unos gritos desgarradores.

—Uy, ése seguro que es don José quejándose de que le pusimos poca mermelada de frutillas en el desayuno, no sabés cómo se queja ésc.

—Bah, dejalo, es un pobre viejo delirante lleno de ideas místicas. Sin ir más lejos, el otro día dijo que a Isabel la inventó él.

—¡Atención, carreramarch, cuerpo atie-rrra.!

—¿Y ése?

—Es don Suárez, recordando viejas épocas. Todas las mañanas practica una hora, de 9 a 10.

—¿El también practica tiro?

—No, da órdenes. Dice que nunca se sabe.

—Che, yo siento olor a quemado. ¿No convendría mirar un poco?

—No, deben ser los de la brigada panqueque, que se les fue la mano con el rhum.

—¡Riiiiiiiing!

—Unidad, ¿quién es?

—Llamo desde el bar de la esquina para denunciar que se está incendiando la unidad, y se están escapando unos presos.

—Gracias. ¿Quién es usted?

—¿No me reconocés la voz? ¡Soy Guasta, Guglielminetti, macho! Voy para allá, por si necesitan algo. En 15 minutos estoy por allí. Corto y fuera. Afirmativo.

—Bueno, parece que hay incendio nomás. Avisenle a don Suárez, así da la orden de evacuación a los demás y se saca el gusto.

DALI MURIO, EL CHOLULISMO SIGUE VIVO

CADA DIA PINTA MEJOR

¡BUENOS AIRES, UNA CIUDAD DERRETIDA POR EL CALOR, Y POR EL MIEDO!

CHE MIRÁ. MURIÓ SALVADOR DALÍ.

MURIÓ DALÍ

DALÍ KAPUT

¿Y A ESE QUIEN LO CONOCE?

REP

Frente a hechos como los del lunes pasado, **Sátira/12** no se podía quedar callada. Es difícil hacer chistes sobre la muerte, no nos gusta, pero tampoco podemos mirar para otro lado, hacer como si esto no hubiera pasado y todo siguiera tan lindo como antes. No. Es por eso que, muy a nuestro pesar, elegimos este tema: esta semana, hablar de otra cosa que no fuera la muerte de Dalí y sus consecuencias sería imposible.





Empleado ibérico limpiando el piso del acuario, con dos tiburone semiocultos pez persiguiendo lombrices y rostro invisib de un gran demócrata.



ELLA

—En cualquier momento lo paso a buscar —me dijo.

—No, no, no —me apresuré a contestarle—. Estoy ocupadísimo, tengo un montón de cosas por hacer. Mire, mejor nos vemos un ratito, nomás.

Quedamos en Rivadavia y Alberti, en la **esquina del bar *Dalí*. Ella llegó puntual,** vestida de blanco. Como siempre, la gente prefería no verla. Entramos al bar *Picasso*, frente al *Dalí*. Ella acomodó su guadaña en una silla desocupada. Pidió un ajenjo, pero no había; yo pedí ginebra. Le confesé mi desconcierto:

—¿A qué se debe su propósito de aparecer en **Sátira**, señora? Usted siempre prefirió **las páginas policiales, la sección internacional** —me estremecí un poco—. O la sección política.

—Pero, profesor —me sonrió, campechana—, a mí desde siempre me gusta darme una vueltita por el humorismo. ¿Nunca escuchó chistes de condenados a mí? Por ejemplo, ése del tipo que un lunes lo es**tán llevando a la horca, y exclama: "¡Linda manera de empezar la semana!"**

No me hizo gracia.

—Disculpe, señora, pero creo que no voy a poder hacerle un lugarcito en mi columna. Hay muchos temas pendientes y...

—No sea caprichoso, profesor. —Me miró con una especie de ternura; con su manga blanca quitó una manchita de la hoja luciente de la guadaña. Yo nunca pido permiso. Simplemente, entro. Además, esta semana ha pasado algo por lo cual mi presencia es innegable...

Temblé.

—... Me refiero al fallecimiento de Salvador Dalí.

Suspiré. Tomé un sorbo de ginebra. En el bar, nadie nos prestaba atención. En una pared mal iluminada, una reproducción del *Guernica* era apenas visible.

—Sí, Dalí... Usted es implacable... —murmuré. Ella me miró con fastidio.

—Ustedes, los seres humanos, me temen, **me culpan: son injustos conmigo, siempre.** ¿Qué querían que hiciera con Dalí? Estaba viejo, enfermísimo, no le quedaba nada. El **había hecho su obra, él había** amado, el había gozado. Al final, sólo le quedaba yo, y tuve que ir.

No supe qué contestar.

—El problema —dijo ella— es cuando ustedes me obligan a ir adonde yo no debería estar. El problema no es lo que yo hago con los hombres sino lo que los hombres hacen conmigo.

Quedé en silencio. Ella se puso de pie y tomó su guadaña.

—Bueno, debo irme, profesor. En cualquier momento lo paso a buscar.

—No me salude así... —supliqué.

Me miró, casi disculpándose.

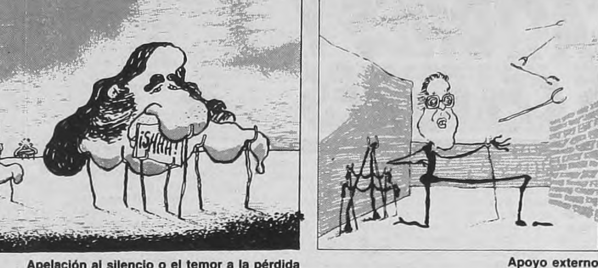
—Es mi manera de saludar a todo el mundo.

Frente a hechos como los del lunes pasado, **Sátira/12** no se podía quedar callada. Es difícil hacer chistes sobre la muerte, no nos gusta, pero tampoco podemos mirar para otro lado, hacer como si esto no hubiera pasado y todo siguiera tan lindo como antes. No. Es por eso que, muy a nuestro pesar, elegimos este tema: esta semana, hablar de otra cosa que no fuera la muerte de Dalí y sus consecuencias sería imposible.

EXPO SATIRA/'89

EL CHOLULISMO NO SE DETIENE. HA LLEGADO HASTA EL HUMOR GRAFICO. VEAN SI NO LAS NUEVAS CARICATURAS DE PATI.





Apelación al silencio o el temor a la pérdida

Apoyo externo

Empleado ibérico limpiando el piso del acuario, con dos tiburones semiocultos, pez persiguiendo lombrices y el rostro invisible de un gran demócrata.

¿DALI? ¡DEME DOS!

Presentamos a continuación, seleccionado por Berni Danguto, un extracto del libro de memorias "Yo lo toqué", del ibérico Naná Majmudey. Libro donde el arte y la vida se confunden, a tal punto que se les ha hecho una marquita para distinguirlos.

YO LO TOQUE

Conozco a Salvador Dalí desde niño. Quiero decir, cuando yo era un chico él ya salía en los diarios y todas esas cosas.

Sin embargo, sé algo de su infancia: repetidas veces se le negó el ingreso al aula de primer grado por concurrir a la misma con sus bigotes enrollados. Eran recién los albores del surrealismo y a los niños, en primer grado, sólo se les permitía la barba.

De todas las satisfacciones que me ha deparado la vida creo que la mayor ha sido conocer personalmente a Salvador Dalí. Debo aclarar que desde los cinco años hasta el encuentro con el genio mis días transcurrieron en una mazmorra (era hijo natural y mis padres querían ocultarlo), de modo que no tengo demasiadas satisfacciones para comparar.

Pero apenas salí de la mazmorra, a los 42 años (mis padres lentamente habían abandonado sus prejuicios), vi a Dalí y comencé a reír, a saltar y a llorar. Dalí siguió de largo, él también iba cantando, saltando y llorando, e incluso, cada tanto, se arrojaba piedras contra su propio mentón.

Yo me le acerqué emocionado y exclamé: ¡Truffitti! (luego de 37 años en una mazmorra no podía más que proferir sonidos ininteligibles).

—También yo —respondió Dalí a mi "Truffiti"—. También yo.

Aquel fue el fructífero diálogo que dio origen a las 23 monografías, entre propias y ajenas, tales como "Dalí y Majmudey en dos palabras" (propia), "Dalí, el hombre que conoció a Majmudey" (propia) y "un parásito llamado Majmudey" (ajena).

Fue en virtud de este encuentro que se inició mi peregrinación y contacto por el mundo artístico. Por citar algunos hitos: en una ocasión rocé con el codo a Picasso, le di la mano a Magritte y en un viaje de Metro le toqué el culo a Juliette Greco.









Opinión

Por el prof. Sócrates Mosqueto

ELLA

—En cualquier momento lo paso a buscar —me dijo.

—No, no, no —me apresuré a contestarle—. Estoy ocupadísimo, tengo un montón de cosas por hacer. Mire, mejor nos vemos un ratito, nomás.

Quedamos en Rivadavia y Alberti, en la **esquina del bar *Dalí*. Ella llegó puntual,** vestida de blanco. Como siempre, la gente prefería no verla. Entramos al bar *Picasso*, frente al *Dalí*. Ella acomodó su guadaña en una silla desocupada. Pidió un ajenjo, pero no había; yo pedí ginebra. Le confesé mi desconcierto:

—¿A qué se debe su propósito de aparecer en **Sátira**, señora? Usted siempre prefirió **las páginas policiales, la sección internacional** —me estremecí un poco—. O la sección política.

—Pero, profesor —me sonrió, campechana—, a mí desde siempre me gusta darme una vueltita por el humorismo. ¿Nunca escuchó chistes de condenados a mí? Por ejemplo, ése del tipo que un lunes lo es**tán llevando a la horca, y exclama:** "¡Linda manera de empezar la semana!"

No me hizo gracia.

—Disculpe, señora, pero creo que no voy a poder hacerle un lugarcito en mi columna. Hay muchos temas pendientes y...

—No sea caprichoso, profesor. —Me miró con una especie de ternura; con su manga blanca quitó una manchita de la hoja luciente de la guadaña. Yo nunca pido permiso. Simplemente, entro. Además, esta semana ha pasado algo por lo cual mi presencia es innegable...

Temblé.

—... Me refiero al fallecimiento de Salvador Dalí.

Suspiré. Tomé un sorbo de ginebra. En el bar, nadie nos prestaba atención. En una pared mal iluminada, una reproducción del *Guernica* era apenas visible.

—Sí, Dalí... Usted es implacable... —murmuré. Ella me miró con fastidio.

—Ustedes, los seres humanos, me temen, me culpan: son injustos conmigo, siempre. ¿Qué querían que hiciera con Dalí? Estaba viejo, enfermísimo, no le quedaba nada. El **había hecho su obra, él había** amado, él había gozado. Al final, sólo le quedaba yo, y tuve que ir.

No supe qué contestar.

—El problema —dijo ella— es cuando ustedes me obligan a ir adonde yo no debería estar. El problema no es lo que yo hago con los hombres sino lo que los hombres hacen conmigo.

Quedé en silencio. Ella se puso de pie y tomó su guadaña.

—Bueno, debo irme, profesor. En cualquier momento lo paso a buscar.

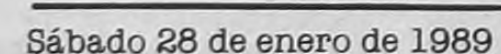
—No me salude así... —supliqué.

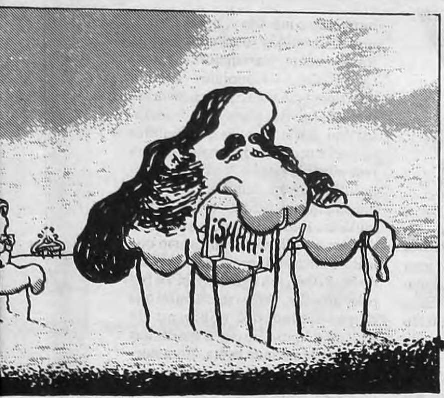
Me miró, casi disculpándose.

—Es mi manera de saludar a todo el mundo.

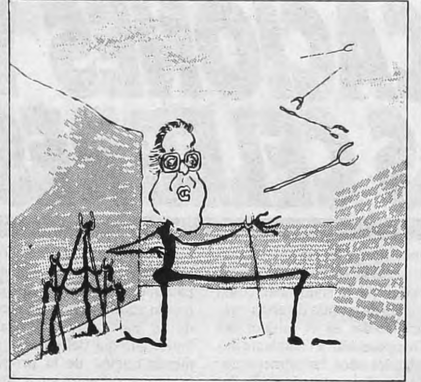
EL PADRE PECA — **POR MIGUEL REP**





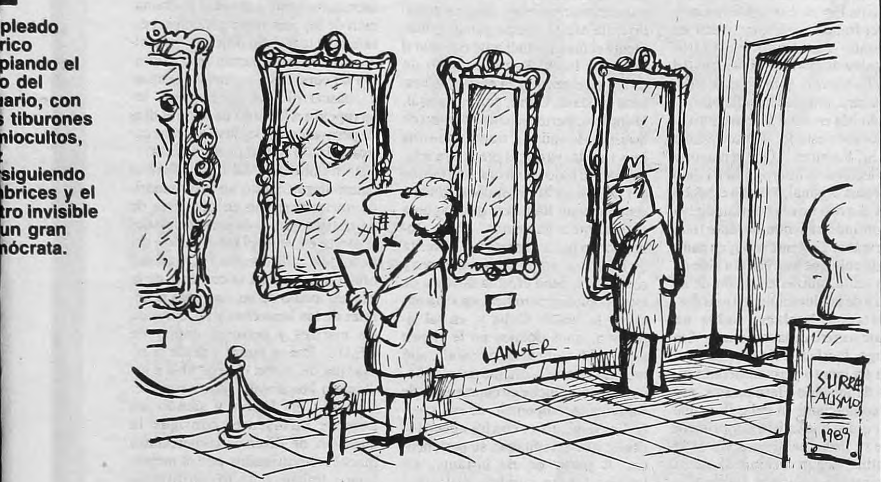


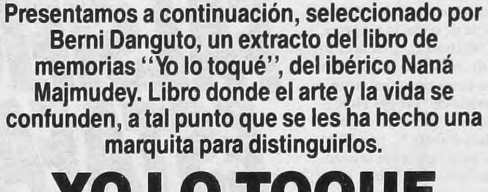
Apelación al silencio o el temor a la pérdida



Apoyo externo

pleado
rico
piando el
o del
uario, con
s tiburones
niocultos,
siguiendo
nbrices y el
tro invisible
un gran
nócrata.





Presentamos a continuación, seleccionado por Berni Danguto, un extracto del libro de memorias "Yo lo toqué", del ibérico Naná Majmudey. Libro donde el arte y la vida se confunden, a tal punto que se les ha hecho una marquita para distinguirlos.

YO LO TOQUE

Conozco a Salvador Dalí desde niño. Quiero decir, cuando yo era un chico él ya salía en los diarios y todas esas cosas.

Sin embargo, sé algo de su infancia: repetidas veces se le negó el ingreso al aula de primer grado por concurrir a la misma con sus bigotes enrollados. Eran recién los albores del surrealismo y a los niños, en primer grado, sólo se les permitía la barba.

De todas las satisfacciones que me ha deparado la vida creo que la mayor ha sido conocer personalmente a Salvador Dalí. Debo aclarar que desde los cinco años hasta el encuentro con el genio mis días transcurrieron en una mazmorra (era hijo natural y mis padres querían ocultarlo), de modo que no tengo demasiadas satisfacciones para comparar.

Pero apenas salí de la mazmorra, a los 42 años (mis padres lentamente habían abandonado sus prejuicios), vi a Dalí y comencé a reír, a saltar y a llorar. Dalí siguió de largo, él también iba cantando, saltando y llorando, e incluso, cada tanto, se arrojaba piedras contra su propio mentón.

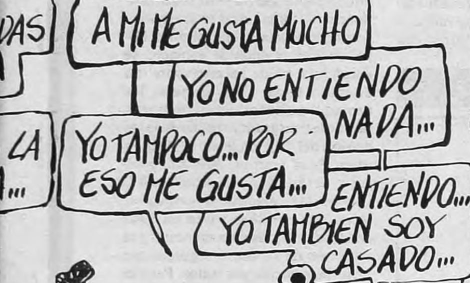
Yo me le acerqué emocionado y exclamé: ¡Truffitti! (luego de 37 años en una mazmorra no podía más que proferir sonidos ininteligibles).

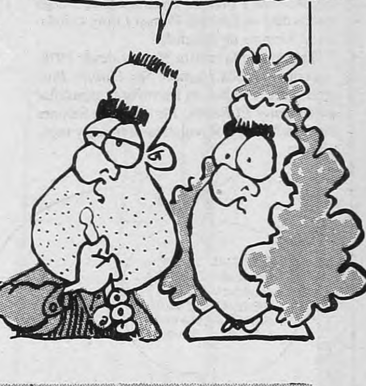
—También yo —respondió Dalí a mi "Truffiti"—. También yo.

Aquel fue el fructífero diálogo que dio origen a las 23 monografías, entre propias y ajenas, tales como "Dalí y Majmudey en dos palabras" (propia), "Dalí, el hombre que conoció a Majmudey" (propia) y "un parásito llamado Majmudey" (ajena).

Fue en virtud de este encuentro que se inició mi peregrinación y contacto por el mundo artístico. Por citar algunos hitos: en una ocasión rocé con el codo a Picasso, le di la mano a Magritte y en un viaje de Metro le toqué el culo a Juliette Greco.







el ha-
yo, y
do us-
ebería
o con
hacen
pie y
cual-
mun-











FALSIFICACIONES Y ESTAFAS CELEBRES

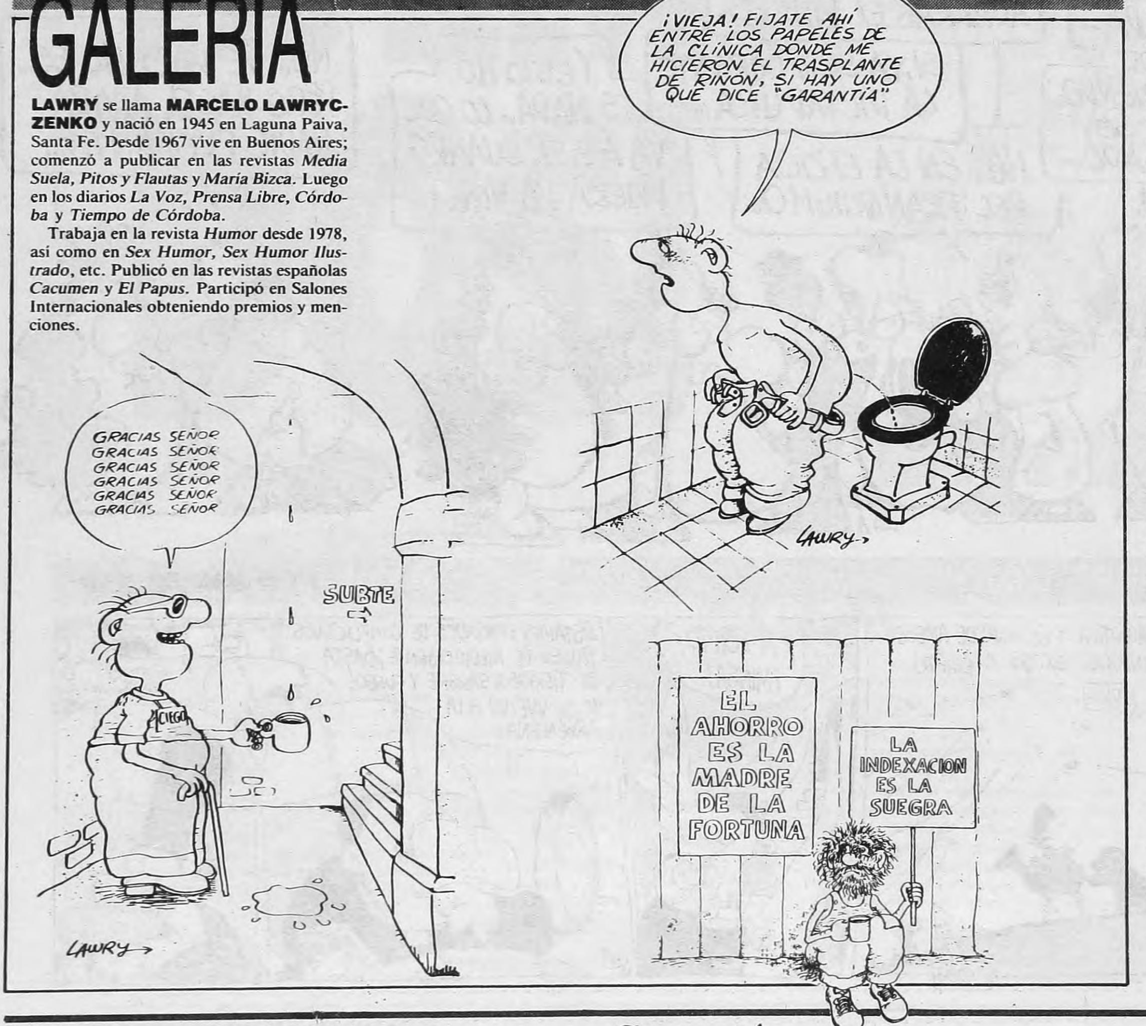
POR LIZAN

Signada muchas veces por el azar y la sangre fría de quien la perpetra, el arte de la falsificación o de la estafa requiere de individuos dispuestos a todo y con dotes poco frecuentes.

La perpetrada en 1941 por Hipólito Montesquieu Ramírez seguramente quedará registrada, por diversos motivos, en los anales de la historia del delito. Individuo hábil e ingenioso, Montesquieu Ramírez había comenzado en su pingüe pero arriesgada profesión en la adolescencia, disfrazado de menesteroso y vendiendo aspirinas puerta por puerta en las calles céntricas de aquél Buenos Aires que aún homenajeaba con sus aplausos al Morocho del Abasto. Las aspirinas las fabricaba él mismo, con ayuda de un hermano menor y no eran otra cosa que una argamasa de harina, tiza y clara de huevo secadas al sol y luego redondeadas sus formas a fuerza de desgastar cada menuda porción sobre la aspereza de una loza de baño; este proceso lo llevaba a cabo el hermano de Montesquieu Ramírez —Danton— a la sazón el bruto de la familia. Montesquieu, en cambio, se reservaba —un poco por ser el propietario de la idea y otro poco para remarcar un lugar de poder ante su hermano menor— la parte más fina del trabajo: con un clavito torcido y ferrugiento dibujaba y escribía sobre la blanca y pequeña superficie de la falsa píldora el logotipo de "Bayer"; en este proceso también influía el hecho de que de los dos hermanos, el único que sabía escribir correctamente era Montesquieu. Sin embargo, el que en un principio se presentaba como próspero negocio duró bien poco, en virtud de la torpe inteligencia de su hermano menor, que en ausencia de Montesquieu y a escondidas de éste, vendía su propia producción del fármaco falsificado, también puerta a puerta, pero liderando una gavilla de menores que decuplicaban sus ganancias; con el doloso producto inundaron rápidamente las zonas de Avellaneda, Parque Patricios, Villa Urquiza y Flores, recaudando excelentes beneficios de los cuales el creador de la idea no participaba. Montesquieu, ignorante de estas andanzas de su infiel hermano, fatigaba laboriosamente las calles céntricas hasta que bien pronto consideró que las posibilidades comerciales de la zona estaban agotadas. Fue así que decidió expandir su negocio visitando los barrios antes mencionados. Sin embargo, no llegó a completar ni siquiera una cuadra de una de las calles de Avellaneda cuando la policía lo detuvo *in fraganti*. Había sucedido que, con el correr del tiempo, las denuncias de los vecinos estafados de las distintas zonas se habían acumulado y la policía esperaba que, cebados por el éxito, los delincuentes al poco tiempo reiteraran su recorrida por los mismos lugares. Una vez en la comisaría y ya descubierto el cerebro de la estafa y con todas las cartas sobre la mesa, Montesquieu concedió en darles la razón a los denunciantes y fustigar duramente a su hermano, ya a esa altura también en prisión: con infinito horror estético, Montesquieu había comprobado que las apócrifas aspirinas fabricadas por Danton ostentaban un dibujo totalmente mediocre y desprolijo y "Bayer" aparecía escrito con "V". El fatídico desliz les costó a ambos tres meses de prisión, atenuada por buen comportamiento.

Lo cierto es que el hecho marcaría de forma definitiva la profesión de Montesquieu Ramírez, de ahora en más operaría en forma solitaria, si han de tenerse en cuenta rumores posteriores que lo sindicaban como autor único de las más diversas estafas consumadas en el interior del país. Desaparecido del ambiente durante algunos años, las primeras noticias que vuelven a tenerse de él, datan de la época en que gobernaba el Dr. Ortíz, poco antes del advenimiento de Perón. Los primeros indicios del fraude pueden rastrearse en un extraño aviso aparecido el 11 de noviembre de 1941 en las páginas del diario *La Nación*. El aviso en modesto recuadro, era escueto y llamativo: "Vendo isla en zona Océano Pacífico; excelente estado. Tratar: Alsina 3031, Sr. Ramírez." Que la mayoría de los lectores lo interpretasen como una broma original, lo daba el hecho de que el aviso no era contestado, ya que continuó saliendo durante toda una semana. La gente seria, en cambio, sostenía que una isla era algo de difícil venta, quizás en razón de su precio y de la ubicación; los más desconcertados, hablaban sobre un mensaje secreto de la masonería. Sin embargo, la isla fue finalmente vendida a un ignoto pero adinerado japonés de apellido Harammura, anciano comerciante en sedas finas que el azar quiso que saliera por primera vez de su tierra natal para visitar la Argentina. Según cuentan allegados a Ramírez, de esa época, las cosas le resultaron muy fáciles al audaz estafador. Una vez pergeñada la idea del ilícito y con la ayuda de un librito de geografía escolar, Ramírez —cerrando los ojos— eligió al azar una isla en medio del elemental mapamundi, se inventó papeles falsos que lo acreditaban como testaferro de un importante industrial norteamericano que delegaba en él la comercialización de la propiedad y luego puso el aviso en el diario. Esperó alrededor de una semana, al cabo de la cual apareció el venerable comerciante japonés, muy interesado en la oferta. Desplegando gentilmente el mapamundi ante el oriental de pocas luces, Ramírez señaló un punto en el mapa y en efecto, allí estaba la isla de Oahu, con su capital, Honolulú, perteneciente al grupo de las islas Hawaii. La transacción fue muy rápida, ya que el precio era relativamente bajo en virtud del regateo del anciano y la disimulada condescendencia de Ramírez, que exponía el siguiente argumento: "El Sr. Robertson, a quien represento, necesita un lugar más amplio para su recreo y con mucha pena efectúa la venta de esta propiedad pero tiene en vista adquirir la isla de Cuba y, en tal situación, unos dólares no le vienen mal." El codicioso oriental salió muy pronto de la oficina del escribano, un compinche circunstancial de Ramírez, acompañado de sus satisfechos familiares y con los apócrifos títulos que acreditaban su pertenencia. A partir de ese instante, los hechos toman rumbos distintos: uno, el que el propio Ramírez imprime a su vida, ya que con presteza embolsó los dólares, hizo las valijas y desapareció de Buenos Aires con rumbo desconocido y, por el otro, la historia también toma otro rumbo. Rápidamente, Harammura viaja a la capital isleña —Honolulú— a tomar posesión de su nueva pertenencia a la que sólo ha visto por medio de las fotos con bellos paisajes que Ramírez tuvo el buen tino de mostrarle para redondear la estafa. Arribado a Honolulú con su familia, la estafa queda en evidencia de modo indisimulable. Entre risas apenas contenidas, las autoridades le informan que la isla nunca perteneció al mencionado Sr. Robertson figurante en los papeles sin valor, pero sí se entera de que es propiedad del gobierno de EE.UU., en una de cuyas ensenadas permanece anclada la 6ta. flota norteamericana. Herido en lo más profundo de su honor y ante la obvia inutilidad de localizar al responsable de su vergüenza, el humillado comerciante asiste a la veloz diseminación de los rumores de la colosal estafa de que ha sido objeto; sus familiares incluso se apartan de él y simulan no conocerle, ya que las bromas y chascarrillos se suceden sin interrupción a lo largo de los tres días de permanencia. Incluso aparece caricaturizado en la tapa de la única revista humorística del lugar. Pero el colmo llega cuando un beodo marine norteamericano en presencia de un nutrido grupo de personalidades le ofrece en venta el Gran Cañón del Colorado. Enfurecido, el anciano oriental se marcha velozmente de la isla, en medio de las risotadas generales de los lugareños y las befas de los marines y personal militar de EE.UU. Por su honor y desde la escalerilla del avión el venerable e indignado Harammuri jura vengarse. Una vez en Japón y siendo un hombre influyente, consigue la adhesión de diversos comerciantes quienes, hermanados por el mismo honor, traban contacto con diversos ministros. Un alto funcionario del ministerio de guerra —de nariz prominente— toma cartas en el asunto y con la anuencia del emperador Hirohito y en reunión de gabinete, se decide qué ha de hacerse sobre tan espinoso tema. Días después, los azorados porteños tienen oportunidad de leer en grandes titulares de los diarios del 7 de diciembre: *"Japón ataca Pearl Harbor, dañando gran parte de la 6ª. flota anclada allí"*. El resto, la escalada de violencia posterior que concluye recién en 1945 con las dos explosiones nucleares y la rendición de Japón, es seguramente historia conocida por todos. Pero lo cierto es que muy pocos llegaron a asociar en ese momento el inocente y extraño aviso aparecido semanas atrás que muy pronto fue relegado al olvido por sucesos más notorios y que luego formarían parte de la historia mundial.

De la vida de Hipólito Montesquieu Ramírez poco y nada se supo después. Algunos rumores lo situaban como ideólogo de estafas aún mayores en perjuicio del gobierno inglés diseñando naves espaciales propulsadas por antigravedad, pero que en realidad funcionaban por medio de sofisticados artilugios e hilos transparentes; otros, más benévolos, sostenían que Ramírez disfrutaba en un lugar apartado y paradisíaco del producto de sus ilícitos y, los más descreídos, aseguraban haberlo visto, viejo y harapiento, mendigando a la entrada del subte de la estación Carlos Pellegrini durante la última dictadura militar.



GALERIA

LAWRY se llama **MARCELO LAWRYCZENKO** y nació en 1945 en Laguna Paiva, Santa Fe. Desde 1967 vive en Buenos Aires; comenzó a publicar en las revistas *Media Suela, Pitos y Flautas* y *María Bizca*. Luego en los diarios *La Voz, Prensa Libre, Córdoba* y *Tiempo de Córdoba*.

Trabaja en la revista *Humor* desde 1978, así como en *Sex Humor, Sex Humor Ilustrado*, etc. Publicó en las revistas españolas *Cacumen* y *El Papus*. Participó en Salones Internacionales obteniendo premios y menciones.



Y se acabó. Dalí se murió. Y ahora vendrán caras extrañas, "viuditas", "expertos", la moda del bigote a lo Dalí y todos los homenajes que a los seres vivos se les hacen cuando ya no lo están: La muerte aumenta el valor de una persona, parece. Nosotros, baratitos, gracias.

La seguimos el sábado que viene, lector.

RUDY